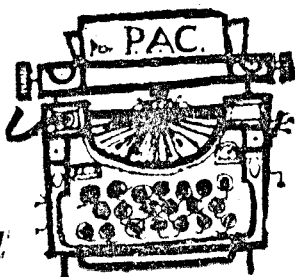


escrito a máquina

Apuntes en el borde de la semana



El documento de Monseñor Barni: con sobriedad y firmeza evangélicas, esclareció la verdad, restableció el sentido de la justicia, defendió la dignidad humana (y sacerdotal), condenó el atropello, demostró su caridad en el perdón, y mostró su altura espiritual convocando al diálogo. Un breve documento que recuperó a la Iglesia nicaragüense su autoridad moral peligrosamente comprometida.

“Invitamos a los responsables de la vida política del país y a la juventud a entablar un diálogo democrático”, dice el Obispo Barni al final de su documento.

La disyuntiva humana es: o diálogo o violencia. La Iglesia promueve el diálogo entre los nicaragüenses como una vía de solución contra la muerte. Imponerse es provocar la matanza. Entenderse es hacer posible la vida.

El verdadero problema de la violencia es su fecundidad negativa: violencia produce violencia.

Oír: Un sentido atrofiado en política. Sin embargo, ya Zenón de Elea decía a un príncipe: “El Creador nos ha dotado de dos orejas y una boca, para que escuchemos el doble de lo que hablamos”.

El principio del diálogo político: escuchar la opinión pública.

El principio del diálogo social: escuchar la necesidad del marginado.

Si la Iglesia conserva su independencia y su autoridad moral quiere decir que el muro que separa a los nicaragüenses no llega hasta el cielo.

Se puede buscar una fórmula mínima de armonía. Y de ahí partir...

Gilson decía que se puede convivir “en el espíritu de un buen desacuerdo”.

Con la fuerza no se puede dialogar. ¡Sí, se puede! La fuerza está compuesta de seres humanos y estos seres humanos tienen que matar o morir cuando reina la violencia, o vivir en paz y en confianza de su pueblo si hay diálogo o entendimiento.

La reelección no es diálogo sino monólogo.

A la reelección sólo se puede ir callando a la opinión.

Un pueblo en diálogo es un pueblo puesto en camino: historia abierta.

Un pueblo obligado a callar es un pueblo acorralado: historia cerrada.

Diálogo es buscar salida. Reelección es cerrar la salida.

Lo que hace infierno al infierno es no tener salida.

La literatura copta es famosa por la imaginación delirante y el dramatismo terrorífico con que describe el infierno. Es la literatura del desierto. La literatura en imposibilidad de diálogo y, por lo mismo, poblada de demonios. (Día-blo, que tiene la misma raíz de bala —de “diá”, entre, y “ballo”, arrojar— significa “el que separa”, el que arroja a los unos contra los otros, y es lo contrario de Diá-logo —de “diá”, entre, y “logos”, palabra— que significa unir por la palabra).

En los “Apotegmas coptos de Macario el Viejo”, Macario encuentra en el desierto un cráneo. Lo recoge y el cráneo le habla.

Macario dijo: —¿Quién eres tú que me hablas?

El cráneo dijo: —Soy griego, del tiempo de los gentiles.

Macario: —¿Estás en el reposo o en el sufrimiento?

El cráneo: —Estoy en los tormentos.

Macario: —¿De qué suerte son tus tormentos?

El cráneo: —Hay un río de fuego que hierve sobre nuestras cabezas —tan alto como el cielo— y otro río de fuego debajo de nosotros. Nosotros estamos en medio, sin que nuestros rostros puedan ver los otros rostros, pero nuestras espaldas están unidas las unas a las otras.

En el momento en que se hace una plegaria por nosotros, recibimos un poco de reposo.

Macario: —¿En qué consiste ese reposo?

El cráneo: —Durante un parpadeo, nos vemos el rostro los unos a los otros”.

... Es decir, el infierno es vivir como enemigos. El infierno es vivir de espaldas los unos

3 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

a los otros, con un río de violencia arriba y otro río de violencia abajo. (¿No sería el cráneo, que Macario creyó griego, el cráneo de uno de los innumerables nicaragüenses sacrificados en nuestros días?).

La Iglesia nos invita a “un poco de reposo”. Al “parpadeo” de un diálogo. Tal vez así “nos veamos el rostro los unos a los otros”. Y exorcicemos el infierno que estamos fabricando.

PABLO ANTONIO CUADRA